

JAVIER IKAZ
Y JORGE DÍAZ



YO FUI A EGB

*No somos nostálgicos, más que nada
porque no hay nostalgias como las de artes.*



PLAZA  JANÉS

JAVIER IKAZ
Y JORGE DÍAZ

YO FUI
A EGB
3

PLAZA  JANÉS

www.megustaleerebooks.com



Un, dos, tres

VOLVEMOS OTRA VEZ

A la tercera dicen que va la vencida, también dicen que tres son multitud, pero la EGB no hubiera sido lo mismo sin *Un globo, dos globos, tres globos* y sin el *Un, dos, tres*.

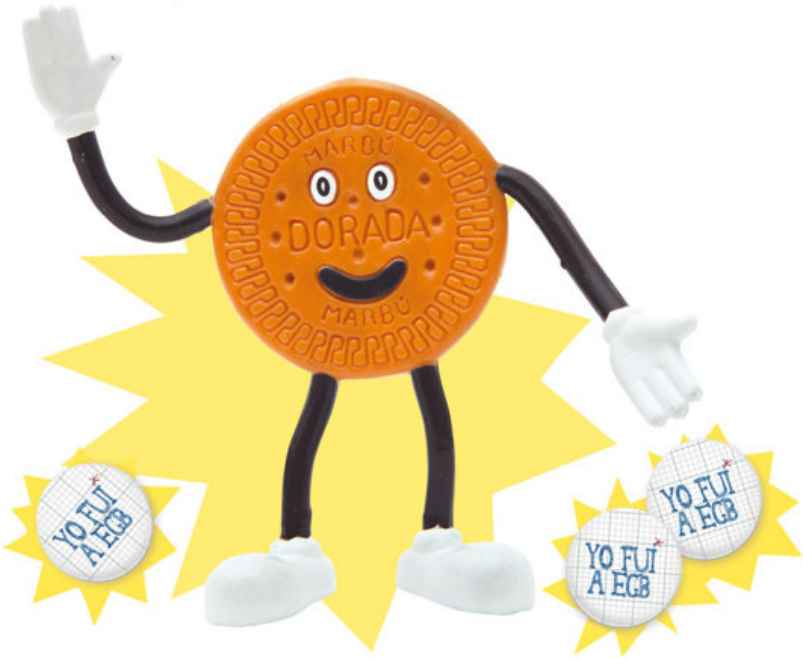
Tres eran los valientes mosqueperros que acompañaban a D'Artacan, tres los Ángeles de Charlie y nuestros amigos los jóvenes castores también eran un trío. Y ahora llega la tercera parte de *Yo fui a EGB*, algo que nos parecía impensable cuando empezamos tímidamente colgando fotos de colegios y libros de texto en nuestra página de Facebook que a punto está de contar con un millón de amigos. El cariño y la fidelidad de todos vosotros ha permitido que sigamos adelante, tratando de progresar adecuadamente. Hemos conocido a muchos compañeros nuevos que nos han aportado sus vivencias y distintas EGBs, pero todos ellos con un montón de cosas en común que son las que marcaron a toda una generación.

En este libro hemos trabajado para ser fieles al estilo que nos caracteriza, pero dando una vuelta más de tuerca. De

nuevo contamos con un montón de fotos inéditas que nos transportan a aquellos años en que no teníamos obligaciones (aparte de las de aprobar todo y no hablar en clase). Fotos rescatadas de hemerotecas y diferentes álbumes familiares (muchas de ellas cedidas por vosotros, muchas gracias), y los textos siguen queriendo ser divertidos, entrañables y, por qué no, emocionantes.

Iremos al pueblo a ver a los abuelos, contaremos nuestros miedos en el campamento y saltaremos a la cuerda y a la goma recuperando todas aquellas canciones que nacieron en el descampado y que ya forman parte de nuestra cultura popular. Recordaremos a los profes, veremos todas esas cosas que hacíamos de manera inofensiva y que hoy serían impensables, y que nos demuestran cómo hemos cambiado. Desmentiremos algunas de las leyendas urbanas que todos nos creímos, volveremos a la feria a montarnos en nuestras atracciones favoritas, pondremos a prueba nuestros cinco sentidos EGB... y muchas sorpresas más, como el debut de unos nuevos personajillos que hemos creado, y a quienes hemos llamado «Los EGBeros», y el regalo extra de un póster desplegable y dos tiras de cromos de palma o de picar.

Si os apetece volver a viajar a vuestra infancia, estáis todos invitados. Ya sabéis que sois de la banda, y no hace falta santo y seña, bueno sí, uno muy sencillo: «Yo fui a EGB».





Quando iba a clase nunca pensé que décadas después diría orgulloso «Yo fui a EGB», una frase que surgió como autoafirmación más de mi carácter que de mi paso irregular por las aulas. Arrastraba los pies, frotándome los ojos, aún con legañas, esperando que esa mañana no me mandaran salir a la pizarra. La sirena que anunciaba el recreo y la salida era el sonido más maravilloso para un niño que llenaba los cuadernos con dibujitos (malos) e inventaba historietas breves. De todo lo que dábamos en clase lo que más me gustaba era cuando nos mandaban leer cuentos, y en la biblioteca me hacía el mayor cogiendo los barcos de vapor rojos (a partir de 12 años).

Pronto desarrollé la pasión por la lectura y la tele en lugar de los deportes, que siempre me aburrían. Adoraba las películas de la primera sesión del sábado y luego era el pistolero más rápido, el bucanero más intrépido o el arquero más certero.

Me encantaba ir a la tienda de chucherías con la paga y decidir concienzudamente qué comprar. Mi predilección eran los flases de naranja y el Superchoc (viva el chocolateeeee). Mi bicicleta era una California XL y no pude ver *El resplandor* entera hasta que fui más mayor.



Jorge
Díaz

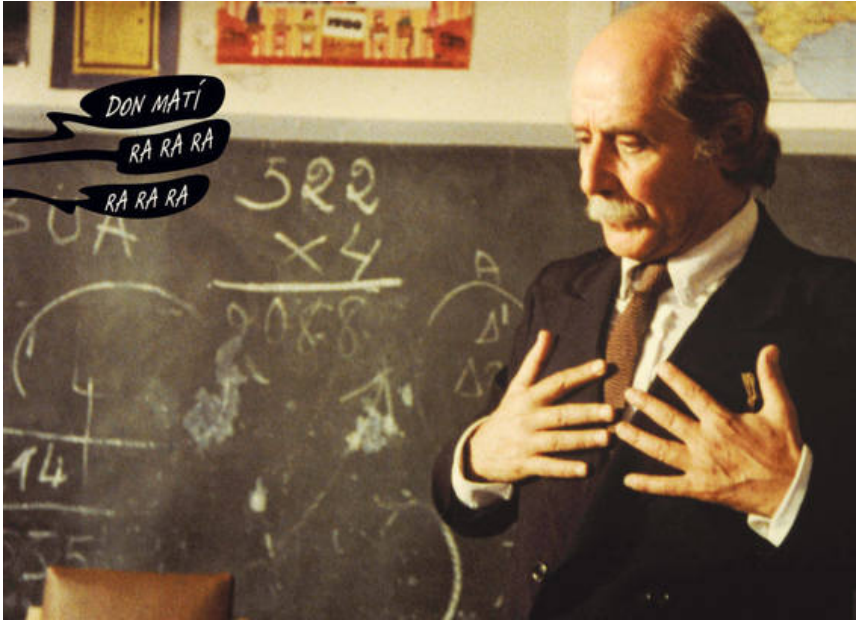
De mi paso por el cole recuerdo un montón de cosas (a libros nuevos, a tiza, a plastilina, a goma de nata Milán y el del temido gimnasio) y todos esos juegos que nos inventábamos en el recreo y a la salida en el descampado.

Me chupé tantos cuadernos de caligrafía que mi letra actual es exactamente la misma que la del señor Rubio y era feliz con mi caja de 36 rotuladores Carioca. Comía tan mal que me daban aceite de hígado de bacalao y desde entonces no he vuelto a probar el pescado.

A los Reyes Magos no les perdono que nunca me trajeran el Scalextric ni el Ibertren, pero sí fui el primero de los amigos en tener vídeo y me pasaba el día grabándolo todo, eso sí, en Beta. Leía el Zipi y Zape y me dejaban ver *Mis terrores favoritos*, por lo que al día siguiente me tocaba contar la película a toda la clase. Si hay algo que echo de menos de aquellos años es a los abuelos.



1 Los profes



Saquen todos un boli
y un papel:

Dictado

Aquella frase no era tan aterradora como un control o examen sorpresa, pero sí lo suficientemente preocupante para mantenernos a **los 42 alumnos de clase en silencio absoluto** un lunes a primera hora de la tarde, justo cuando volvíamos más alterados después de comer. Ya estábamos todos entrenados haciendo un título artístico con la palabra «Dictado» escrita bien grande y centrada en la parte superior de la hoja.

—*Profe, ¿es para entregar?*

Comenzábamos con muy buena letra y, a medida que iba avanzando el dictado, apenas se entendía lo que poníamos y cada vez nos torcíamos más escribiendo.

—*¿Puede ir un poco más despacio?*

De un momento a otro tenía que caer aquella frase que nunca faltaba: «**Ahí hay un soldado que dice, ¡ay de mí!**» y que era nuestra favorita porque todos sabíamos escribirla de memoria.

—*No se oye. Profe, ¿puede repetir?*

Algunas normas eran muy fáciles, como la que decía que **antes de «p» y «b», «m» pondré**, o que **todos los verbos termi-**

nados en «bir» se escriben con «b» excepto «hervir», «servir» y «vivir», pero ante cualquier duda mejor dejar un hueco y esperar a ver si llegaba la inspiración, ya que sabíamos que el profe nos mandaría **copiar diez veces cada falta y cinco si la falta era un acento.**

—¿Punto y seguido o punto y aparte?

El alivio llegaba con aquel punto final con el que por fin podías descansar la muñeca. Ahora tocaba intercambiar las hojas y corregir el dictado de tu compañero sin ningún tipo de piedad.





Los motes

Es curioso cómo, con el paso del tiempo, solo nos acordamos de aquellos profesores que eran muy buenos y de los que más castigaban y que, sin duda, nos dejaron huella. Pero, sobre todo, nunca olvidaremos a los profes a los que todos llamábamos por su mote, sin saber muy bien de dónde provenía este, y con la duda eterna de saber **si ellos eran conscientes de que todos les llamábamos así**. Yo creo que sí, ¿no?

Había motes de todo tipo; de personajes de la tele o de nuestros dibujos animados favoritos, pero lo que más abundaban eran los nombres de animales, ¡menuda fauna! Curiosamente, en todos los colegios se nos ocurrían los mismos motes, y para demostrarlo hemos seleccionado los más utilizados.

Los profesores se vengaban llamándonos por el apellido, como si nuestros nombres no tuvieran importancia, lo que ha provocado que aún recordemos el apellido de muchos de nuestros compañeros de clase en EGB pero no sepamos cómo se llaman.